



**Mennonite
World Conference**

A Community of Anabaptist
related Churches

**Congreso
Mundial Menonita**

Una Comunidad de
Iglesias Anabautistas

**Conférence
Mennonite Mondiale**

Une Communauté
d'Eglises Anabaptistes



Reunidos en Uno

Thomas R Yoder Neufeld

Como fue presentado al Concilio General del Congreso Mundial Menonita, Limuru, Kenia, el 26 de Abril del 2018

Parte III “Manteniendo la unidad del Espíritu: cuando caminar juntos es *difícil*”

Efesios abre la segunda mitad de la carta en el versículo 4: 1 con la exhortación a “andar como es digno de nuestro llamamiento”. “Andar o caminar” es la forma favorita en que la Biblia habla de la manera en que la gente vive o se comporta. Los anabautistas hablan del discipulado como “seguir a Jesús”, como “caminar detrás de Jesús”. Podríamos decir, aprendiendo de Jesús como caminar. Por supuesto, eso no lo inventamos nosotros. A los primeros seguidores de Jesús les gustaba llamar a su movimiento “el Camino” (Hechos 9,2; 19,23; 22,14. 22). Caminamos juntos como un solo cuerpo de Cristo.

Dado todo lo que hemos aprendido sobre el cuerpo de Cristo, su asombrosa y desafiante diversidad vemos que nada con respecto a este caminar es sencillo. Después de todo debemos caminar como *un solo* cuerpo ¿¿Cómo es eso si quiera posible!?

Existe, como he dicho anteriormente, la diversidad de la creación a la que el Creador llamó “buena”. En el CMM tenemos el privilegio de experimentar un poco de esto. Y, sin embargo, incluso esta diversidad creada por Dios hace que caminar juntos sea un desafío, ¿no es así?

Experimentamos, en segundo lugar, la diversidad que el pecado crea y trae a la comunidad de seguidores de Jesús. Caminamos juntos como personas heridas y agresoras, abusadas y abusadoras, oprimidas y opresoras, ¡en *un solo* cuerpo! Leí el volumen sobre África en la historia del CMM cuando me preparaba para nuestra reunión aquí en Limuru, y he visto una y otra vez cómo el legado del colonialismo ha dejado su huella en el cuerpo de Cristo. Soy consciente de la horrible historia del colonialismo, el racismo y la violencia en mi propio país, Canadá, en relación con los pueblos indígenas, una historia y un legado al que apenas estamos comenzando a responder como iglesia. En segundo lugar, nos estamos volviendo cada vez más conscientes del abuso de poder y del abuso sexual, también en la iglesia. Nuestra respuesta es a menudo dolorosamente diversa. Pensemos también en la diversidad (¿o deberíamos decir “disparidad”?) de estatus y de bienes que crece cada vez más, también en la iglesia.

Podríamos llamar a todo esto: la diversidad de quebrantamiento, alienación y pecado. Es una realidad en la iglesia porque la traemos con nosotros cuando entramos en el cuerpo de Cristo. Está presente porque con frecuencia fracasamos en abordar estas y muchas otras facetas de la diversidad destructiva. Esta es una realidad, y esto es importante, porque *Dios* nos reúne con todo esto, no para quedarnos con eso, sino para acogernos con el fin de re-crearnos juntos como una nueva humanidad en Cristo.

Por último, también existe la que puede que ser el tipo de diversidad más difícil. Esta diversidad es a menudo profundamente conflictiva y surge, no del pecado, sino de nuestro compromiso apasionado con la santidad, la fidelidad, el discipulado y ser el pueblo de Dios. En ocasiones discrepamos fundamentalmente sobre qué creer y confesar correctamente, o sobre cómo actuar de manera justa y pacífica. Tales desacuerdos hacen que el caminar juntos, en la unidad del Espíritu, sea extremadamente difícil porque en dichos asuntos no somos muy flexibles. No se llega fácilmente a un acuerdo sobre lo que se cree que es la clara enseñanza de las Escrituras o la clara voluntad de Dios ¡Tampoco debería ser así! Como resultado, a menudo estamos en lucha feroz y destructiva entre nosotros *dentro* del cuerpo de Cristo.

Los anabautistas conocemos bien esta historia. Desde el comienzo mismo del movimiento, nuestra pasión por la fidelidad, por el inconformismo, por ser la verdadera esposa de Cristo “sin mancha, ni arruga” (Efesios 5:27), nos ha hecho vulnerables al virus del *Täuferkrankheit*, la “enfermedad anabautista” (rupturas, divisiones y distanciamiento los unos de los otros). Con frecuencia hemos llegado a ver la separación no como una señal de fracaso, a la hora de andar en la unidad del Espíritu, sino como una evidencia de fidelidad, especialmente cuando hemos sido nosotros los que nos hemos separado o los que hemos guardado nuestras distancias. Pensábamos genuinamente que protegíamos el evangelio y la fidelidad de la iglesia cuando nos separamos de aquellos que no compartían nuestra comprensión de la fe fiel y del discipulado.

Tales tensiones también existieron en los días de Jesús mientras debatía con los otros judíos sobre lo que significan la santidad y la pureza. No estemos tan seguros de que habríamos seguido a Jesús a la casa de Levi para comer con los recaudadores de impuestos y los pecadores (Marcos 2,13-17). Tales tensiones existían en los días de Pedro, Pablo y Santiago, mientras debatían entre sí sobre qué hacer con los gentiles abiertos al evangelio (Gálatas 1, 2). La diversidad desafiante y conflictiva provocada por el deseo de ser fieles se puede encontrar en todo el Nuevo Testamento.

Seamos claros. Esta diversidad se encuentra *dentro* de la unidad del Espíritu. *Es así* como se verá la unidad del Espíritu mientras “todas las cosas” aún no se hayan reunido plenamente en Cristo. Esta es la paz de Cristo a través de quien Dios nos está reuniendo también a nosotros, cuya pasión por la fidelidad nos hace extraños y enemigos los unos de los otros dentro del cuerpo de Cristo. Como lo he dicho en los últimos días: precisamente ahí reside la belleza de la iglesia y su perfección.

Usted puede nombrar los tipos de diversidad en su entorno, la diversidad que hace que caminar juntos sea extremadamente difícil. Pero debemos caminar si queremos seguir a un Jesús que camina en busca de los enfermos y los perdidos, los hostiles y alienados con el fin de incluirlos. Pero, ¿cómo caminamos juntos dentro del tipo de unidad que es en esencia hospitalaria con aquellos que hacen que caminar en unidad sea tan difícil? ¿Cómo caminamos como *un solo* cuerpo de un Cristo que sigue buscando tanto a los de cerca como a los de lejos, incluso dando su vida por extraños y enemigos? ¿Cómo “guardamos la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”, como dice Efesios 4,3? Esa es la cuestión que deseo abordar en esta última presentación.

No caminamos solos

Lo primero que debemos reconocer es que no caminamos solos. *Dios camina con nosotros*. Jesús está con nosotros en el camino. Tal vez recuerden que nuestra hermana Rebecca Osiro, vicepresidenta del CMM, habló en la Asamblea del CMM en Harrisburg en 2015 sobre la tradición del *jakol khudo*, el quita espinas.¹ El Espíritu que nos acerca a la presencia del Padre (Efesios 2,18), el Espíritu que nos mantiene unidos para ser la casa de Dios (2:22) está con nosotros en el camino, proporcionándonos energía, aliento y viento en nuestra espalda. Jesús, de quien procede nuestra fe (Hebreos 2,10; 12,2), probado en toda manera como nosotros, camina con nosotros adelante, al lado y detrás de nosotros como el quita espinas.

No seguimos a Jesús en soledad. No caminamos solos como individuos. No practicamos el discipulado solos. *Caminamos juntos*. Nos tenemos unos a otros para apoyarnos, animarnos y corregirnos. Llevamos las cargas los unos de los otros cuando estas se vuelven demasiado para nosotros mismos (Gálatas 6,2).

Pero, también nos tenemos unos a otros para irritarnos y para enojarnos mutuamente mientras caminamos juntos. De modo que el caminar juntos a veces nos tentará a querer echar a otros fuera del círculo, o a querer alejarnos de la comunidad de caminantes. El vínculo de paz del que habla Efesios 4,3 se encuentra ahí precisamente para ayudarnos a caminar con aquellos con quienes no queremos caminar. En Efesios 4,1, Pablo se refiere a sí mismo como un prisionero de Cristo o por causa de Cristo, literalmente “encadenado” en Cristo. En el versículo 3, se nos insta a “mantener la unidad del Espíritu en/con la *co-cadena* de la paz”, para traducirlo de manera literal. Se necesitan cadenas para unir lo que no se mantiene unido con facilidad ¡Somos prisioneros de la Paz!

No hace falta decir que tal unidad del Espíritu es sumamente desafiante. Esa será la naturaleza de dicha unidad mientras aun haya personas y grupos quebrantados y alienados que el Espíritu desee reunir en la presencia del Padre (Efesios 2,18). Es importante destacar que esta unidad es la *base* esencial, la *premisa* de nuestro caminar juntos. Caminamos juntos por causa de la unidad del Espíritu. No es el *resultado* de haber logrado exitosamente caminar juntos en armonía, en pleno acuerdo. No se nos pide que creemos esta unidad, sino que la *mantengamos*.

¿Cómo caminamos juntos?

Entonces, ¿cómo caminamos juntos con tanta diversidad? ¿Cómo camina el cuerpo de Cristo con cadenas de paz? ¿Cómo caminamos no solo con aquellos con quienes amamos caminar, tomados del brazo, sino también con aquellos con quienes el Espíritu nos encadena, aquellos que nos hacen tropezar y nos hacen tambalear, o aquellos a quienes tenemos que ayudar o incluso cargar? ¿Cómo caminamos juntos cuando el camino se vuelve duro, difícil, incluso peligroso, y cuando nos enfrentamos a decisiones sobre qué dirección tomar?

¹ Rebecca Osiro & Tom Yoder Neufeld (Comisión de Fe y Vida.), “Walking in Doubt and Conviction/Caminemos con dudas y convicciones/En march avec des doutes et des convictions,” *Proceedings/Memorias/Actes*, Asamblea 16 del Congreso Mundial Menonita, 2015, *Walking with God/caminemos con Dios/en marche avec Dieu*, 47-61.

No puedo hacer algo mejor para responder a estas preguntas que escuchar de nuevo las palabras iniciales de la exhortación en Efesios 4. Creo que es de gran importancia que estas sean las primeras instrucciones dadas para caminar juntos como el cuerpo de Cristo:

Por eso yo, que estoy preso por la causa del Señor, les ruego que vivan de una manera digna del llamamiento que han recibido, siempre humildes y amables, pacientes, tolerantes unos con otros en amor. Esfuércense por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz (Efesios 4:1-3).

Permítanme agregar algunos otros pasajes bíblicos conocidos que hablan de manera similar sobre la humildad, la paciencia y el sufrimiento mutuo. Oímos prácticamente lo mismo en Colosenses 3,12-15:

Revístanse de sentimientos de compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia. Sopórtense unos a otros, y perdónense si alguno tiene una queja contra otro. Así como el Señor los perdonó, perdonen también ustedes. Sobre todo revístanse de amor, que es el lazo de la perfecta unión (traducido literalmente: “que es la perfecta co-cadena”). Y que la paz de Cristo reine en sus corazones, porque con este propósito los llamó Dios a formar un solo cuerpo.

Filipenses 2

O escuchemos Filipenses 2. Pablo sabe que la “*koinōnia* del Espíritu” (2,1; “compañerismo”, “asociación” o “comunión”, que suena de manera muy similar a la “unidad del Espíritu”²) requiere lo siguiente:

No hagan nada por rivalidad o por orgullo, sino con humildad, y que cada uno considere a los demás como mejores que él mismo. Ninguno busque únicamente su propio bien, sino también el bien de los otros. (Filipenses 2,3-4).

Pablo sabe que el mejor modelo de tal humildad no es otro que Jesucristo mismo. Él le inspira uno de los maravillosos himnos que celebran a Jesús como Señor y Mesías. Solo que ahora el enfoque del himno no está en Cristo como “nuestra Paz”, como en el himno de Efesios 2, sino en Cristo humillándose a sí mismo hasta el punto de la esclavitud y la muerte, y luego siendo exaltado, recibiendo el Nombre que es sobre todo nombre. Es importante para nosotros aquí que Pablo lleve este gran himno a Cristo para proporcionar una base de cómo debemos relacionarnos unos con otros en el cuerpo de Cristo y de cómo debemos caminar juntos.

Tengan unos con otros la manera de pensar propia de quien está unido a Cristo Jesús, el cual:

Aunque existía con el mismo ser de Dios,
no se aferró a su igualdad con Él,
sino que renunció a lo que era suyo
y tomó naturaleza de siervo.
Haciéndose como todos los hombres
y presentándose como un hombre cualquiera,
se humilló a sí mismo,
haciéndose obediente hasta la muerte,
hasta la muerte en la cruz (Filipenses 2,6-8).

² Thomas R. Yoder Neufeld, *Koinōnia — el don que juntos sostenemos* (Comisión de Fe y Vida, Concilio General, 2012). Encuentre una versión abreviada en el sitio web del CMM bajo Comisión de Fe y Vida, Recursos. Para obtener la versión completa, consulte Mennonite Quarterly Review, julio de 2012, también está disponible en línea en www.goshen.edu/mqr.

Tener “la misma mente” de Cristo, pensar como Cristo, tener la misma perspectiva, significa dar la vida misma por aquellos que están con uno en el cuerpo de Cristo, especialmente aquellos que requieren cada gramo de humildad, paciencia y respeto que seamos capaces de ejercitar. Cuán difícil debió haber sido en ese entonces para judíos y gentiles cantar juntos esta desafiante canción. ¡Aún lo es, si prestamos atención a lo que nos exige!

1 Corintios 13

Quizás el más conocido para muchos de nosotros es 1 Corintios 13, el famoso “capítulo del amor”. En muchas de nuestras iglesias suele ser un texto para las bodas. De hecho, es apropiado para tal ocasión. Pero en realidad es uno de los textos más radicalmente orientados a la iglesia. Este texto aborda directamente cómo debemos caminar juntos como el cuerpo de Cristo. Los corintios estaban divididos por la competencia espiritual, el caos moral y las disidencias. Pero Pablo no se dio por vencido con ellos, ni consideró sus esfuerzos un fracaso. Al contrario, en el capítulo 12 les recuerda que, incluso en su actual estado de conflicto, ellos son nada menos que el cuerpo de Cristo. Y luego, para completar su respuesta a sus luchas por la unidad, Pablo apela al amor:

Tener amor es saber soportar; es ser bondadoso; es no tener envidia, ni ser presumido, ni orgulloso, ni grosero, ni egoísta; es no enojarse ni guardar rencor; es no alegrarse de las injusticias, sino de la verdad. Tener amor es sufrirlo todo, creerlo todo, esperarlo todo, soportarlo todo. El amor jamás dejará de existir (1 Corintios 13,4-8)

Mateo 18

Pablo aprendió bien de Jesús. Mateo 18, el “sermón a la iglesia” que hace Jesús comienza con los discípulos preguntándole quién es el más grande en el Reino. Jesús responde colocando ante ellos a un niño, literalmente, un pequeño esclavo, alguien en el fondo absoluto de la pirámide social, y dice:

“Les aseguro que si ustedes no cambian y se vuelven como niños, no entrarán en el reino de los cielos. El más importante en el reino de los cielos es el que se humilla y se vuelve como este niño. Y el que recibe en mi nombre a un niño como éste, me recibe a mí” (Mateo 18,4-5).

Jesús se encarna en los más vulnerables y débiles de nuestra comunidad de caminantes, los más inexpertos, frágiles y fácilmente engañados. Es desde allí que nos guía en nuestro caminar.

Él camina con nosotros a la vez como Señor y Salvador, como *jakol khudo*, pero también como el miembro más pequeño y débil del cuerpo.

Quizás estemos comenzando a comprender por qué existe este énfasis constante en la humildad, la paciencia, el sufrimiento y el perdón mutuo. Miremos estos elementos más detalladamente.

Humildad, paciencia, sufrirnos unos a otros

Con humildad, paciencia, soportándonos unos a otros, sufriendonos unos a otros: así y solo así es como camina la nueva humanidad, el cuerpo de Cristo que todavía está en formación. En los días de Jesús y Pablo, la humildad estaba estrechamente relacionada con la humillación. La humildad se veía como el caminar trastabillando o el “arrastrar los pies” de los esclavos, no era algo para las personas con un elevado llamado, y mucho menos para los “hijos de Dios”, como a César le gustaba ser venerado. Sin embargo, el Nuevo Testamento tiene una sola opinión: la humildad es absolutamente esencial si queremos seguir a Cristo, y caminar en la manera que Él caminó como un solo cuerpo. Como aquellos que hemos sido salvos por gracia, resucitados y sentados con Cristo en los lugares celestiales (2,5-6), caminamos juntos como esclavos

encadenados. Eso es lo que significa caminar de una manera que sea “digna de nuestro llamado” (4,1).

¡Qué combinación! Dignidad y humildad. ¡Sorprendentemente, Pablo llama a esto libertad! Como hijos e hijas de Dios, *elegimos* dicha esclavitud mutua; *elegimos* dicha humildad. Como dice Pablo en Gálatas 5,13:

Ustedes, hermanos, han sido llamados a la libertad. Pero no usen esta libertad para dar rienda suelta a sus instintos. Más bien sírvanse los unos a los otros por amor.

Confesaré que esta imagen me genera dificultad. Sé que hablar de esclavitud en una tierra y en un continente devastado y humillado por la esclavitud es muy perturbador. Y hacerlo como alguien que es parte de una cultura que se benefició de esa brutalidad lo hace aún más difícil para mí. No obstante, si nosotros pensamos que tales imágenes son repugnantes, así también lo pensaban Pablo y sus lectores. Tengamos en cuenta que ellos conocían bien la esclavitud. Muchos en las congregaciones eran esclavos. Yo creo que Pablo elige deliberadamente una imagen profundamente repugnante para mostrar que si queremos caminar juntos en el cuerpo de la “nueva humanidad”, en la “unidad del Espíritu”, no tenemos mejor ejemplo que el que es nuestro Señor, nuestro jefe, quien a pesar de serlo se despojó de sí mismo y tomó la forma de un esclavo (Filipenses 2:6-11), quien lavó los pies de sus discípulos (Juan 13,1-17), quien dio su vida en la cruz no solo por sus amigos, sino también por sus enemigos (Romanos 5). No hay otra forma de afrontar la diversidad a la que el Espíritu nos invita y la unidad que el Espíritu crea. No hay otra forma de caminar juntos como el cuerpo de Cristo.

Quizás podamos encontrar otra imagen diferente a la esclavitud y las cadenas que exprese mejor este despojarnos de modo radical de nosotros mismos por el bien de las hermanas y los hermanos, por el bien del cuerpo de Cristo. Si es así, la recibiría con gusto. Incluso si pudiéramos encontrar una imagen así, probablemente sería igual de ofensiva e impactante, precisamente porque va en contra de muchos de nuestros impulsos naturales, nuestra “carne”, para usar las palabras de Pablo. Caminar juntos en la unidad del Espíritu siempre nos llevará al límite ¡La unidad es difícil!

La *paciencia* aparece junto a la humildad en todos los textos que leímos. Nuestro hermano recientemente fallecido, Alan Kreider, apreciado por muchos de nosotros aquí reunidos, ha destacado cómo la paciencia caracterizó el testimonio de la iglesia en los primeros siglos.³ Él la llama el *habitus*, la forma habitual de caminar, podríamos decir, un aspecto decisivo de la cultura de la iglesia que es parte integral de su vida y testimonio. Como la humildad también la paciencia es absolutamente importante para caminar juntos en la unidad del Espíritu.

La paciencia es una virtud, por supuesto. Aunque esa es una definición demasiado abstracta. Es lo principal en el sentido práctico para caminar juntos como un cuerpo. Cuando somos tan diferentes en salud, posesiones materiales, madurez, cultura, ética y teología, no podemos caminar juntos sin la paciencia. Podríamos pensar en ella como un eslabón en la cadena de la paz. Quizás la palabra “cadena” no sea la más adecuada. Aunque es tan útil para hacernos conscientes de cómo el Espíritu nos une a los demás, es una imagen demasiado estática en sí misma para capturar la flexibilidad de la paciencia. Cuando mi madre cumplió 80 años, le dije que lo que más apreciaba de ella era que la cuerda que nos mantuvo a ella y a mí conectados durante mis años de crecimiento no estuvo tan apretada como para que no pudiera aprender a caminar, a cometer errores, a probar cosas nuevas, a convertirme en adulto. Pero siempre, siempre supe que ella nunca había soltado el otro extremo de la cuerda, sosteniéndome en sus

³ Alan Kreider, *La Paciencia: El sorprendente fermento del cristianismo en el imperio romano* (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2016)

oraciones, en su amor paciente por un hijo cuyas decisiones sin duda a menudo ella no comprendía.

Quizás eso plasme lo que significa paciencia también en el cuerpo de Cristo. Estamos conectados entre nosotros por el Espíritu, pero a veces necesitamos darnos espacio mutuamente para madurar, incluso para cometer errores, y al mismo tiempo permanecer conectados de modo que podamos ayudarnos mutuamente a crecer y a madurar, lo suficientemente cerca para corregir y recibir corrección, es decir, para participar unos con otros en el nacimiento de la nueva humanidad.

Esa paciencia la aprendemos de un Dios quien en Cristo no se rinde con nosotros. Pensémoslo: venimos a Dios día tras día, semana tras semana, pidiendo perdón, pidiendo ayuda, sabiendo que podemos contar con el vínculo paciente e inquebrantable que tenemos con nuestro padre divino.

El Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca, sino que todos se arrepientan (2 Pedro 3,9).

Esas palabras de 2 Pedro nos recuerdan que la paciencia es un ejercicio de *esperanza*. La paciencia es no soltar, ni desconectarse, incluso aunque la paciencia a veces lo haga parecer así. Es un intenso anhelo por un cambio, un giro o nuevas formas de pensar – en otras palabras “arrepentimiento” más apropiadamente. La humildad requiere que yo sepa que mi hermano y mi hermana, con quienes camino, están ejerciendo la misma paciencia hacia mí, con la esperanza de ver señales de transformación en mi vida.

Efesios 4,2 habla de “soportarse unos a otros en amor”; 1 Corintios 13,7 habla de que el amor es “sufrirlo todo, creerlo todo, esperarlo todo, soportarlo todo”. Podríamos decir que es “sufrir todas las cosas”. Los anabautistas han conocido mucho sufrimiento a lo largo de los siglos. La Comisión de Diáconos lo sitúa en el centro de sus preocupaciones. Ha sido un tema importante en nuestra teología. Pero generalmente fue el sufrimiento experimentado a manos de nuestros oponentes lo que puso a prueba nuestra fe. Permítanme sugerir que *dentro* del cuerpo de Cristo, *dentro* de la unidad del Espíritu, serán a menudo nuestras hermanas y hermanos, o grupos enteros de hermanas y hermanos, quienes nos darán la oportunidad de llevar la cruz, de amar a los enemigos, de sufrirnos unos a otros como también Cristo nos sufre día tras día.

Recientemente, el término “tolerancia o paciencia” se ha convertido en los contextos de América del Norte en una forma importante de abordar el conflicto que tenemos sobre la ética sexual. Algunos han visto esto como una versión de la tolerancia. Pero la “tolerancia”, como usamos hoy en día el término, a menudo se basa en los derechos de los individuos. A veces significa dejarse en paz unos a otros. El “soportarnos” o “sufrirnos unos a otros” del que habla Pablo es algo muy diferente. Es, literalmente, otra forma de hablar de paciencia, sufrimiento y perseverancia. Esa paciencia sufriente no deja al otro solo deliberadamente. No se trata de aguantarnos unos a otros. Es, más bien, un compromiso mutuo lleno de esperanza y paciencia incluso cuando duele mucho. Este es el amor que “todo lo soporta”, como dice 1 Corintios 13, incluso cuando nuestra paciencia es llevada al límite, y cuando nuestra paciencia no parece producir el fruto del arrepentimiento. “Sufrimos” a nuestras hermanas o hermanos que se descarrían; lloramos como los padres lloran cuando su hijo se extravía, como un pastor que va tras una oveja perdida (Mateo 18,12-14). Nos sufrimos unos a otros porque nos amamos con el amor que el Espíritu que nos une derrama en nuestros corazones (Romanos 5,3-5). Así es como podemos caminar juntos en esta desafiante unidad del Espíritu.

El Perdón

Como lo aclara Colosenses 3, todo esto está íntimamente relacionado con el perdón. No hay unidad del Espíritu sin perdón. Entramos en el cuerpo, cada uno de nosotros, con heridas que nos ponen a la defensiva, nos hacen desconfiados o arrogantes y controladores. Sin perdón el caminar en la unidad del espíritu es imposible.

El perdón ha sido objeto de una considerable desconfianza, incluso en los círculos anabautistas, entre aquellos que están preocupados porque la iglesia ha exigido con demasiada frecuencia el perdón como una forma de silenciar a las víctimas de abuso sexual para proteger a los abusadores por el bien de la reputación de la iglesia. Creo que esta es una preocupación muy seria. No debemos olvidar que las demandas más intensas de Jesús de perdón en Mateo 18 están precedidas por palabras de advertencia igualmente duras para aquellos que abusan y explotan a los vulnerables, los “pequeños” (18,6-10). Es desde la solidaridad radical con los más vulnerables que Jesús exige perdón, llegando hasta el punto de encarnarse en los más vulnerables (18,5). Conocemos bien Mateo 25. Parafraseando: “Cuando estaba desnudo, en la cárcel y tenía hambre, ¿dónde estabas?” Hoy podríamos agregar: “Cuando fui víctima de abuso sexual, ¿dónde estabas?”

No podemos eludir la realidad de que el perdón siempre implica asumir uno mismo el daño o la pérdida que se ha infligido. Sin embargo, el objetivo del perdón no es dejar que el que hace el daño se salga con la suya. El perdón no es cortar los lazos y dejar ir. Es un acto de solidaridad radicalmente poderoso *con* el que peca contra nosotros manteniendo la puerta abierta para el arrepentimiento y la transformación. Es la práctica paciente de la fe, la esperanza y el amor hacia aquellos que hacen daño. El perdón es, pues, un ejercicio del poder por el bien del otro, como Dios lo ejerce para con nosotros.

Por supuesto, el perdón es vulnerable a ser traicionado por la negativa a cambiar, por la negativa a reconciliarse. Pero, ¿no es también el perdón de Dios hacia nosotros traicionado por nosotros mismos una y otra vez? Por supuesto, la paciencia se agotará y tendremos la tentación de preguntar junto con Pedro: “¿es suficiente perdonar siete veces?” y ¿La respuesta de Jesús? “¡Setenta veces siete!” En otras palabras, el vínculo de la paz se extiende hasta donde el amor y la esperanza lo permiten. Eso es lo que significa “tener la manera de pensar propia de quien está unido a Cristo Jesús” (Filipenses 2,5). Solo lograremos caminar juntos como el cuerpo de Cristo en la unidad transformadora del Espíritu si el perdón es un rasgo esencial de nuestra cultura del camino.

Efesios 4,32 generalmente se traduce como: “perdónense mutuamente, como Dios los perdonó a ustedes en Cristo”. El griego se traduce más literalmente como, “muéstrense gracia mutuamente, como Dios en Cristo les ha mostrado gracia”. Dios nos ha salvado por gracia (Efesios 2,5.8), creándonos de nuevo en el cuerpo misericordioso de Cristo, la unidad transformadora de la nueva creación. Para nosotros, el imitar a Dios (Efesios 5,1) es participar exactamente de esa gracia salvadora hacia los demás. Eso es lo que Pablo quiere decir en Romanos 14 y 15, cuando nos pide que “nos recibamos unos a otros como Cristo nos recibió”.

En resumen, debemos practicar la hospitalidad radical entre nosotros con enorme perseverancia y paciencia, tal como lo hace Cristo. La palabra que Pablo usa para “hospitalidad” en Romanos 12,13 se traduce literalmente como “amor por los extraños”. ¿Pueden nuestras hermanas y hermanos, que a menudo sentimos como extraños para nosotros, contar con un amor tan lleno de gracia de nuestra parte?

Una gracia como esa es costosa. Recibirnos mutuamente significa asumir la cruz en relación con los demás, los unos por los otros ¿Tenemos la valentía de caminar juntos si eso es lo que

significa? ¿No atrevemos a *no* caminar juntos en esta gracia que le costó la vida a Cristo (Efesios 5,2)?

Hablar la verdad con el prójimo ⁴

Recordemos la frase en 1 Corintios 13,6: “[El amor] es no alegrarse de las injusticias, sino de la verdad”, Esto me recuerda de 3 Juan 4: “No hay para mí mayor alegría que saber que mis hijos viven de acuerdo con la verdad”.

¿A qué verdad se refieren Pablo y Juan? En mi experiencia, la verdad puede dificultar el andar en la unidad del Espíritu. ¿En que manera? Nos importa la verdad, como debe ser. Queremos estar seguros de que nuestras convicciones de fe más básicas son verdaderas, ya sean teológicas o éticas. Pero, como bien sabemos, la fuerza de la convicción puede convertirse fácilmente en una especie de rigidez y reticencia que hacen que “caminar juntos en la verdad”, como dice 1 Juan, sea muy desafiante. Eso es lo que nos ha sucedido en la comunidad anabautista una y otra vez. La insistencia en la verdad ha sido en ocasiones una de las causas de nuestras divisiones.

Resulta que no debemos temer la verdad, ni a la insistencia en ella, si queremos la unidad. De hecho, ocurre lo contrario. Efesios puede ayudarnos nuevamente a ver eso. Por un lado, nos recuerda que la verdad no es una abstracción. Dios nos ha dado la “palabra de verdad”, el “*logos* de la verdad”, que es la buena noticia de nuestra liberación, de nuestra salvación (Efesios 1,13). Pero esta verdad no se trata tanto *sobre* Jesús sino de *Jesús mismo*. Esa verdadera Palabra vino a nosotros hecha carne, como nos recuerda Juan 1,14 “Yo soy el camino, la verdad y la vida” declara Jesús en Juan 14,6. Si, la verdad sobre Jesús es absolutamente importante: quién es Él como el Cristo, como la Palabra no solo con Dios, sino verdaderamente Dios. La verdad que Jesús enseñó es absolutamente importante. El Sermón del Monte en Mateo 5-7 es el ejemplo más conocido entre nosotros.

Pero, lo más importante es que la verdad está “*en* Jesús” (Efesios 4,21) quien es “nuestra Paz” (2,14-16). Él es la verdad en quien somos reunidos en la unidad del Espíritu – la verdad que recibe a forasteros, pecadores, extraños y enemigos en el vientre transformador y re-creador de Cristo.

Creo que es urgente, *en aras de la unidad del Espíritu*, que fortalezcamos nuestro apego a esa verdad fundamental, no sea que seamos arrastrados, no por el viento o el Espíritu de Dios, sino por cada capricho y viento de cualquier nueva enseñanza que amenace con dividir el cuerpo de Cristo como nos advierte Efesios 4:14 ¿Podría ser que uno de esos vientos malos sea el considerar que *mi* comprensión personal de la verdad es más importante que *mi unidad con el otro* en el cuerpo de Cristo?

Como sabemos por experiencia, la búsqueda e insistencia en la verdad puede volverse polémica y divisoria en la iglesia. No debemos evitar tal búsqueda o tal compromiso por esa razón. A veces se necesita no solo tener la piel gruesa sino tripas fuertes para caminar junto con otros buscadores de la verdad. Curiosamente, el término “compasión” que vimos en Filipenses 2,1 significa literalmente “entrañas”. Quizás podamos leerlo como tener las agallas para permanecer en la *koinonía* del Espíritu cuando la búsqueda de la verdad se convierta en una pelea. Recordemos, la verdad que está “en Jesús” nos hace pensar como Él, tener su

⁴No tuve tiempo para más que unos pocos comentarios sobre este tema en la presentación de Limuru. He aquí lo que me hubiera gustado decir de haber tenido tiempo.

mente, participar de su paciencia sufriente, sus esfuerzos persistentes de corrección y renovación. Eso es lo que significa “aprender acerca de Cristo”, como dice Efesios 4,20.

Efesios llama a eso “verdadear” (4,15). No tenemos, por supuesto, una palabra exacta para esto en español. No sé cómo sea en su lengua materna. Por tanto, muchas traducciones al español escriben “hablar la verdad con amor”. Pero “verdadear” significa más que hablar. Significa estar en la verdad, vivirla, ser auténticos, pero sobre todo estar en Cristo, estar en la verdad que está en Jesús, estar en Aquel que es nuestra Paz. “Verdadear” es amar como amó Jesús.

“Verdadear” significa brindar la misma gracia y paciencia transformadora para soportar a nuestras hermanas y hermanos en medio de los conflictos y desacuerdos que Dios brinda a los de “cerca y de lejos”, a los extraños y enemigos (2,11-22). Significa ser lo suficientemente humildes para reconocer que no lo sabemos todo, que miramos como a través de un espejo borrosamente, como nos recuerda 1 Corintios 13,12. Junto con los extraños y enemigos dentro del cuerpo de Cristo, caminamos en la verdad de que junto con ellos estamos naciendo de nuevo como “la nueva humanidad”. Como lo afirma el versículo 15, así es como crecemos hacia Cristo (4,15).

Cada uno de nosotros necesita escuchar palabras de aliento y afirmación. Estas nos “edifican”. Son una expresión de “ejercer la verdad en amor”. Pero a veces “ejercer la verdad” significa decir verdades que son difíciles de escuchar, difíciles de recibir y difíciles de decir. Podrían tomarse como juicio o crítica. Entonces, “ejercer la verdad en amor” significa estar dispuestos a decir y hacer lo que el amor exige. Todo padre sabe esto. Todo cónyuge, amigo y maestro lo sabe. Ese “verdadear” será siempre el ejercicio de la solidaridad con los demás en el cuerpo de Cristo, siempre con la intención de edificarnos unos a otros hasta llegar juntos a la plenitud de Cristo (4,13). Eso también requiere que estemos abiertos a escuchar las palabras de la hermana y el hermano, de la congregación, de la conferencia, como la puesta en práctica del amor, incluso cuando la comunicación sea incómoda, se sienta dura, incluso condenatoria. Necesitamos tanto agallas como compasión para tener mentes abiertas, corazones blandos y piel dura para caminar juntos en la verdad, en la unidad del Espíritu.

Efesios 4,25 tiene la frase “hablen la verdad cada uno con su prójimo”. La mayoría de las traducciones al español dicen “diga cada uno la verdad a su prójimo”, como es el caso en Zacarías 8,16 que Efesios está citando aquí: “Díganse siempre la verdad unos a otros, juzguen con justicia y procuren la paz en los tribunales” En Efesios, sin embargo, hay una alteración leve pero importante: “hablen la verdad cada uno *con* su prójimo, porque somos miembros los unos de los otros”.

Por lo tanto, *hablar la verdad* es más que simplemente decir la verdad. Significa “ejercer la verdad” *junto con* otros miembros del cuerpo de Cristo. Significa decir la verdad no *al* prójimo sino *por* el prójimo, en *solidaridad con* los miembros de un solo cuerpo, siempre con la esperanza de cambio y nueva creación. En el cuerpo de Cristo, en la unidad del Espíritu, “decir las cosas como son” significa siempre hablar con esperanza la verdad que está en Jesús. La única verdad que vale la pena hablar dentro del cuerpo de Cristo es la verdad que surge del amor, sin importar cuán dura, aguda y mal recibida pueda ser para el oyente. Se dice con valentía, pero siempre con humildad, paciencia y, sobre todo, con amor.

Ver el rostro de Dios en los demás

Me gustaría llamar su atención sobre un último punto. Como dice Efesios, la creación de la nueva humanidad es otra forma de hablar acerca Dios re-creándonos a imagen de Dios (2,10; 4,24). ¿Podemos usted y yo ver el rostro de Dios en esos “otros”, “extraños” o incluso “enemigos” dentro del cuerpo de Cristo, aquellos que hacen que caminar juntos sea tan difícil?

Cuando Jacob y Esaú, esos gemelos que ya se habían peleado en el vientre de Rebeca, se encontraron después de años de amarga alienación, en medio de la culpa, el miedo y la ira, se

abrazaron y besaron, y Jacob pudo decirle al hermano a quien le había hecho un mal tan terrible y quien había jurado matarlo: “¡ver tu rostro es como ver a Dios mismo!” (Génesis 33,10).

O pensemos en el origen de la imagen del “cuerpo de Cristo”. Surge de un momento terriblemente difícil en la relación de Pablo con sus amados corintios. Ellos lo acusaron de ser un orador débil, tal vez ni siquiera un verdadero apóstol, tal vez incluso un malversador de dinero. No les gustaba que él les diera una corrección no deseada ¿Cómo respondió Pablo? “¡Ustedes son el cuerpo de Cristo! ¡Ustedes son Cristo para mí, yo soy el Cristo para ustedes! (para resumir 1 Corintios 12). En otro momento, justo en medio de una terrible discusión en la que se cuestionaba la legitimidad de Pablo como apóstol, Pablo se refiere a los corintios como una carta de Cristo, el Nuevo Testamento en proceso de fabricación (2 Corintios 3). O, a pesar de que los “pilares” de Jerusalén como Pedro, Santiago y Juan cuestionaron la misión de Pablo, él respondió organizando el primer Comité Central Menonita, recolectando fondos entre los creyentes gentiles para enviarlos a los creyentes judíos en Judea que estaban sufriendo hambre.

“Mantendremos la unidad del Espíritu” (Efesios 4,3) cuando podamos ver el “rostro de Dios” en las hermanas y hermanos con los que más problemas tenemos.

¿Se deteriora el vínculo en algún punto? ¿Se rompe la cadena?

¿Se rompe alguna vez la cadena de la unidad? ¿Se deterioran los lazos de la paz? Trágicamente, la cadena de la paz si se rompe. El ego, el poder, el control, el choque de visiones, las discusiones sobre la dirección, los temas polémicos de fe y comportamiento, pueden hacer que el caminar juntos parezca imposible. Quizás hay momentos en los que las rupturas parecen inevitables, en los que nuestra paciencia con los demás se agota. Incluso en esas ocasiones sigo oyendo las “70 veces 7” de Jesús.

Estoy convencido, incluso en esos momentos, de que necesitamos una comprensión profunda de la unidad dinámica del Espíritu. Dios desea reunir *todas las cosas* en Cristo, incluidas nuestras rupturas y averías, nuestras fisuras y divisiones. En Cristo, Dios las incluye en el abrazo transformador y recreador de la gracia transformadora. Si logramos redescubrirnos en el cuerpo de Aquel que es “nuestra paz” – ¡y también “la paz de ellos”!, y si podemos colocar esa comprensión de la unidad profunda en el centro de nuestro discipulado, de nuestro compromiso con la paz, de nuestra comprensión de la iglesia, entonces veremos mucho menos del *Täuferkrankheit*, esa enfermedad anabautista de la separación como solución.

Hemos visto casos en los que Dios puede usar incluso las rupturas y las divisiones para cumplir sus propósitos salvadores. Los historiadores entre nosotros pueden decirnos cómo nuestras divisiones en ocasiones han sido una especie de señal de alerta que nos ha llevado a una renovación y a una mayor fidelidad. Ellas han agudizado nuestra conciencia con respecto a lo que necesitábamos corregir, a lo que necesitábamos estar abiertos, a cómo y dónde teníamos que cambiar. Y asimismo, a veces, se ha necesitado una ruptura para dar lugar a la sorpresa de la gracia, cuando los miembros alejados del cuerpo de Cristo han encontrado una manera de confesar y reconciliarse. Dios no se rinde; la gracia es muy persistente.

Ese es, en esencia, el milagro del CMM. Muchas de nuestras iglesias miembro surgieron de esas rupturas. Pero, aquí estamos caminando juntos, regocijándonos en la diversidad, incluso cuando sus raíces reposan en un pasado doloroso. En 2010, experimentamos cómo Dios nos reunió con nuestras hermanas y hermanos luteranos después de 500 años de distanciamiento. Al reconciliarnos entre nosotros, reconocimos que incluso nuestro alejamiento estaba ocurriendo *dentro* del cuerpo de Cristo. Esta convicción nos ha acompañado en nuestras conversaciones con católicos, luteranos y adventistas del séptimo día.

La unidad del Espíritu es más amplia y profunda que cualquiera de nuestras estructuras organizativas, ya sean congregaciones, conferencias o denominaciones. Es cierto que esas estructuras y organizaciones son el lugar y el momento en el que más se nos pone a prueba en nuestro compromiso con la unidad, donde trabajamos más intensamente en nuestra capacidad de caminar juntos, donde buscamos la unidad de la fe y la plenitud de Cristo (Efesios 4,13).

Pero, la unidad del Espíritu no es lo mismo que esta o aquella estructura, conferencia o iglesia. Es mucho más amplia, profunda y radical. Sabemos que en el mundo empresarial más grande no siempre es mejor, que la competencia es algo muy bueno, que da rienda suelta a la creatividad y a la innovación ¿Podría ser esto cierto de la “economía de la gracia” (Efesios 3,2), para la unidad del Espíritu?

Como lo dije en mi primer discurso, los anabautistas se sienten un poco nerviosos con respecto a la unidad. Nos preocupa que el énfasis anabautista en el discipulado y el inconformismo sean minimizados si la unidad se convierte en nuestro enfoque. Espero que haya quedado claro que mantener la unidad del Espíritu es nada menos que la imitación de Dios, caminando como el Cristo que entregó su vida (Efesios 5,1) para que pudiéramos vivir. Caminar juntos manteniendo esa unidad llena de vida es el acto más radical de discipulado y construcción de paz que existe. Como Pablo insiste en su “Sermón del Monte” en Romanos 12: seremos verdaderamente radicales en nuestra inconformidad, transformados en la mente, un solo cuerpo (12,4), cuando practiquemos la misericordia hilarante (literalmente) (12,8), persigamos a los extraños con amor (12,13), y bendigamos a los que nos persiguen (12,14). La unidad es el trabajo más difícil que cualquiera de nosotros llevara a cabo en su vida. Cuanto más fieles seamos, más difícil será. Necesitamos que sea fundamental para nuestra comprensión del discipulado. Nuestro renovarnos juntos en Cristo lo exige. Solo así podremos ser partícipes de la reunión indomable y generosa de Dios.

De manera que valoremos y mantengamos esta unidad, sabiendo que el que ha comenzado esta obra la completará, sin importar cuántos días, años o milenios pueda llevarle. Dios es paciente y Dios es persistente en igual medida.

Gracias sean dadas a Dios.

En el momento de escribir este texto, Thomas R Yoder Neufeld es presidente de la Comisión de Fe y Vida. Está jubilado como profesor de estudios religiosos (Nuevo Testamento) y estudios sobre la paz y los conflictos la Universidad Conrad Grebel en Waterloo, Ontario, Canadá.